

nulidad del mundo en práctica destructiva. Entonces: neomísticos, terroristas, nazis, humanistas existenciales, teólogos de nuevas religiones organizadas, libertarios, todos pueden reclamarse de heideggerianos en la apuesta incierta y decisiva de Pascal dentro del juego del mundo donde todos nos la jugamos.

Filosofar sin sistema, dispersión o diseminación en el tiempo de la historia, la propuesta de Heidegger sólo tiene una nota distintiva: el pensamiento es una selección de los grandes en el camino de su propia grandezas, es una escuela de dirigentes. Heidegger no sólo quiso ser un recopilador de creencias contemporáneas y un heredero de la gran tradición metafísica occidental (los presocráticos griegos y el idealismo alemán) sino que quiso ser un líder, un *Führer*. Lo consiguió, a veces llenando de seductora tiniebla la cabeza de sus discípulos, a veces poniendo en escena los dramas y sainetes de la filosofía contemporánea. Menos complejo de lo que simuló ser, no es menos complejo, sin embargo, que nuestra propia historia intelectual. Y cuando lo vemos esforzándose con la tiza y la pizarra para ser didascálico y prope-déutico, como en estos textos, comprendemos que se nos vuelve indispensable.

Blas Matamoro

La llamada blanca*

En uno de los pasajes más brusca-mente iracundos de *Ocnos*, Luis Cernuda cifraba su distancia del Norte con palabras que eran la viva expresión de la repugnancia: «La nieve te repele por sí, y además por ser símbolo de algo insidiosamente repelente. Pero ese algo, ¿qué es? Ni el aliento desolado de ella, que amedrenta la sangre, ni su cuerpo escamoso y viscoso, como de reptil, bastan para determinar toda la repulsión que te inspira». Imagen de la esterilidad, negación del calor animal, la nieve era el correlato físico de un exilio que la imaginación del poeta convertía en emblema de la condición humana. La blancura de la tierra nevada era también el de una existencia condenada a la errancia y la soledad, incapaz de trascenderse en el tacto y la relación con sus semejantes. El frío entumecedor de la nieve era, pues, no tanto un alivio como una amenaza, un recuerdo de la naturaleza caída del hombre, quemado en su raíz por la

* *Rafael-José Díaz*, Llamada en la primera nieve, *Tierra del Poeta*, Madrid, 2000, 51 pp.

angustia heladora de la muerte. O, como el propio Cernuda escribió años después: «Por todas partes el hombre mismo es el estorbo peor para su destino de hombre».

Emoción muy distinta es la que suscita la nieve en los poemas de *Llamada en la primera nieve*, segunda entrega de Rafael-José Díaz (Sta. Cruz de Tenerife, 1971) después de *El canto en el umbral* (Calambur, 1997). Emblemáticos del territorio que explora este libro son los versos que siguen, del poema «Día de invierno».

Regreso de la nieve.

Mira la grasa límpida extenderse
sobre la herida del invierno.

De nuevo
la respiración de la rama
recuerda el crepitar de las hogueras.
.....

Nieve que regresa.
La tierra cura sus heridas.

La nieve es en este poema lluvia de luz, «gasa límpida» de un cielo que desciende a curar las heridas de la tierra. Es, asimismo, pasaje hacia el asombro y la iluminación callada: «Mírala descender, / mira las briznas blancas, / las escalas tejidas en lo oscuro, / las cuerdas que unos dedos delicados / pulsan para el silencio». Silencio que no es tanto el origen de la palabra como su desti-

no, y que se equipara en estas páginas a lo inefable. Importan en este sentido unos versos de Andrés Sánchez Robayna, poeta cuya sombra gravita, *con frecuencia de manera asfixiante*, sobre la escritura de Rafael-José Díaz: «Como apresada por la luz toda mano requiere / ir hasta su deseo, llegar a conocer, / aun si el conocimiento no es sino el umbral / de otra ignorancia, acaso, vacía de sí misma». Conocimiento como umbral de la ignorancia, plenitud que antecede al vacío, lenguaje que anuncia un silencio preñado de sentido: tales son las guías que dirigen la palabra en un proyecto de ahondamiento en los contornos de la realidad física, en los signos del libro del mundo. El alfabeto del poeta se reduce a unas cuantas formas escogidas, que la reiteración carga de sentido y expectativa simbólica: el ave, el cielo, las ramas, la casa, los cuerpos. Y sobre todas las formas, la luz, o la nieve, como vástago y concreción de la luz. Al igual que en Cernuda, la nieve puede surgir como emblema de la esterilidad, pero, a diferencia de autor de *Ocnos*, alberga en su interior un principio de redención, la semilla y promesa de la vida:

Va a empezar el invierno. Nada arde
entre ramas que aún custodia la noche,
tan sólo acaso la promesa
de una luz resurrecta, un nuevo rostro
de blancura inviolable que cubriera la tierra,
hierba blanca, liviana floración
blanca, blancas hogueras por el cielo.

Y aguardamos
ese no de la nieve, afirmación
de un nuevo nacimiento de la luz.

Recuerdan estas hermosas líneas el arranque antitético de «Little Gidding», donde el rigor del invierno es expresado por T. S. Eliot en términos de renacer primaveral: «Es primavera, aunque no la que acuerda el tiempo. Ahora el seto blanquea fugazmente bajo pétalos de nieve, y esa floración es más repentina que la del verano, ni incipiente ni ajada, desasida del ciclo de la generación». Subyace a estas líneas, como a muchas páginas de *Llamada en la primera nieve*, un movimiento dialéctico que busca resolverse en quietud y fijeza. Son numerosos los versos finales que expresan el anhelo o la inminencia de un tiempo fuera del tiempo, «desasido del ciclo de la generación», el momento no atendido de que hablara Eliot y que es otra forma de nombrar el desvelamiento de la realidad física, diverso cada vez y cada vez igual a sí. La nieve es, pues, un velo que desvela, que restaura y alumbra la tierra y nos conduce (nos llama) al ámbito de un tiempo que no tiene tiempo.

Llamada en la primera nieve no sólo reúne poemas sugeridos por la fría penumbra del Norte, donde el poeta ha encontrado una imagen turbadora de los rigores del conocimiento, sino que reescribe, profun-

dizando en ellos, algunos de los escenarios de *El canto en el umbral*. Apenas si tengo tiempo, en el breve espacio de este comentario, para señalar la mayor agilidad rítmica de estos nuevos poemas, que sostiene el uso de un lenguaje más dúctil y despojado. Advierto, no obstante, la tentación inherente a una escritura que privilegia la afirmación de la unidad sobre la representación de la diversidad física. Algunos poemas se reducen a enigmas, emblemas de un conocimiento inmutable y reiterado que sólo conduce al silencio, destino peligroso en un poeta de la juventud de Rafael-José Díaz. Ello no impide elogiar la belleza y segura dicción de un poema como «Tras la ventana», que exhibe resumidas muchas de las virtudes de esta poesía:

Sobre el oscuro rostro de la bruma
ha cruzado, fugaz, un ave, apenas
la cabeza agitada, blanca, sola
donación de la luz a la ceguera.

Jordi Doce